

La mesa del domingo

*www.seculorum.es. Tertia Opera. Año XV N° 18
Domingo XXX Ordinario. Ciclo -C- 23 de octubre de 2016*

La oración justifica al humilde

Dos domingos atrás hablábamos de la oración de acción de gracias a propósito del leproso que había sido curado. Más tarde, el domingo pasado, Jesús nos animaba a orar sin desfallecer, con esperanza e insistencia. Hoy ejemplifica dos modos de oración personificados en la que hacen el fariseo y el publicano de la parábola. Son dos modos de orar condicionados por la actitud de cada uno cuando se ponen en presencia de Dios. El domingo anterior decíamos que, al ponernos en la oración en la presencia de Dios solo podíamos hacerlo desde la humildad y el reconocimiento de nuestro pecado, sabiendo que nos ponemos ante el Ser puro que nos conoce por dentro y que sabe cómo pensamos, sentimos y actuamos. Pues bien, en ello está la clave para comprender qué tipo de oración hacen los personajes de esta parábola.

En la introducción, el evangelista nos aclara que la parábola viene a cuento “por algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás”. Esto provoca la descripción de la oración del fariseo. Él se tiene por justo; no se reconoce pecador. Se pone en presencia de Dios presentando su hoja de servicios: ayuna dos veces por semana y paga el diezmo de todo lo que tiene. Eso le da seguridad de que cumple con la ley, de que, a ojos de la ley, es intachable, irreproachable. Cumplir todo eso le hace considerarse válido ante Dios. Se olvida de su pecado, de su imperfección, de sus propios errores. Se olvida de la misericordia. Vive las prácticas externas de su religión pero olvida su espíritu. Y lo que es peor es que todavía se permite la licencia de compararse con los demás, con los pecadores públicos, con el publicano que está rezando a la vez que él en el templo. Y, en su oración, nada menos que trata de sobresalir despreciando a los demás. Se compara y lo hace en los aspectos externos. Olvida que Dios conoce el modo de sentir de cada uno y olvida también que él no conoce ni el sentir ni el contenido de la oración del publicano que tiene cerca. El fariseo está lleno de los prejuicios que su sociedad vuelca sobre los publicanos. Da por hecho que en ellos no hay nada que pueda complacer a Dios, mientras que solo ve en sí mismo actitudes de prácticas exteriores que agradan a Dios. Definitivamente, el fariseo dedica parte de su oración a juzgar y condenar al publicano; la otra parte la dedica a presentar a Dios su hoja de servicios que le ha llevado a concluir que es un hombre justo ante Dios.

El publicano de la parábola se queda atrás, no se atreve ni a levantar los ojos al cielo y se da golpes de pecho pidiendo la misericordia y el perdón de Dios. Frente a la posición erguida del fariseo, el publicano se queda con la cabeza baja y no se atreve ni a levantarla. Él cree que no tiene mérito alguno ante Dios sino solo pecado, por eso centra el contenido de su oración en la petición

